

Juan Uribe-Echevarría

Los Santos Populares de Lisboa



LISBOA a beira mar llena de vistas
¡Oh Lisboa! de las dulces procesiones
Lisboa de Monjas y Fadistas
Lisboa de los líricos pregones».

Junio, julio y agosto son meses de toros y romerías en la península ibérica. En Portugal, como en España, cada región tiene sus Señores, vírgenes y santos protectores: Señor de Matozinhos cerca de Porto, Señor de la Sierra en los alrededores de Lisboa; San Gonzalo en Amarante; Nossa Senhora da Atalaia en Alcochete y Montijo; Nuestro Señor Jesús da Piedade dos Capuchos en Vila Viciosa; San Antonio de los Olivares en Coimbra; Nossa Senhora da Agonia en Viana do Castelo, etc.

Los tres «meninos bonitos», los más milagrosos y populares de Lisboa son San Antonio, San Juan y San Pedro. Poco le importa al pueblo lisboeta la verdadera personalidad de sus tres «santinhos» arrabale-

ros, pues los ha convertido en tres santos de hábitos arremangados, bulliciosos y bailadores.

«Santo Antonio é a treze
Sao Pedro a vinte e nove;
Sao Joao a vinte e quatro
Por ser a festa mais nobre».

Poco a poco San Juan, santo en bandeja, austero devorador de langostas y miel silvestre ha devenido un santinho indulgente, casamentero de mozas, viejas solteras y viudas, a condición de que en su noche salten la hoguera.

«Duas noites há no ano
Que alegam o coração
E a noite de Natal
E a noite de Sao Joao».

La terrible bandeja de su descabezamiento se ha convertido en amable fuente de amores.

«San Juan para ver las mozas
Hizo una fuente de vidrio
Las mozas por allá no pasan
San Juan se ve perdido».

En noche de San Juan, los arrabales de Porto y los cerros de Lisboa incendian sus calles y plazas; una

multitud bulliciosa y frenética canta y salta sobre las hogueras.

«O balao (globo) vai subindo
Caiú na Gamboa
O ceu é tao lindo
A noite tao boa
Sao Joao
Sao Joao
Encende a fogueira
No meu coração».

«Sao Joao adormeceu
No cimo duma ramada
A guardar as uvas brancas
Para as dar á sua amada».

«¡Oh! rapariga solteira
Toma atençao ao que eu digo
Si nao tens miedo a fogueira
Salta a fogueira conmigo».

«O meu rico Sao Joao
ja estou farta de esperar
Arranjai me un casamento
Que estou morta por casar».

«O meu rico Sao Joao
O ai!

O meu santo marinheiro
O ail
Levai-me na vossa barca
O ail
La' p'ro Río de Janeiro».

San Pedro es un Santo con suegra, quien le da mal trato. Lo representan con dos llaves en una mano y, en la otra, un enorme libro que contiene las direcciones de todos los lisboetas.

«Si San Pedro no negara
A Cristo como negó
Otro gallo le cantara
Mejor que el que le cantó».

«Vá de roda, vá de roda
Haja bailados, cantigas;
Sao Pedro, por ser velhinho (viejito)
Anda ao pé das raparigas» (muchachas)

San Antonio, el patrono de Portugal, reina en Lisboa. Fernando de Bulhoes, más tarde San Antonio de Padua, nació en Lisboa. Preparó su vocación religiosa en la orden de los Canónigos Reglantes de San Vicente de Fora. A los 18 años se traslada a Coimbra; ingresa en la orden franciscana en un pequeño convento de San Antonio de los Olivares y cambia su nombre de Fernando por el de Antonio. Viaja a Italia y conoce a su maestro espiritual, el dulce Francisco de

Assis. El tímido adolescente lisboeta se convierte en un portentoso orador que asombra a la Roma de Gregorio IX. Concierta voluntades y hace milagros. De éstos, el pueblo recuerda los que terminan en boda.

San Antonio de Lisboa muere en junio de 1231 y a los 11 meses es canonizado. Los portugueses lo recuerdan y adoran como santo dulce, buena persona, protector de novios y amigo de fiestas matrimoniales. De su paso por Coimbra han forjado la leyenda de un Santo Guitarrero, enamorado y aficionado a las excursiones.

«San Antonio con ser Santo
También tuvo sus amores
Si los santos enamoran
Qué no harán los pecadores»

«San Antonio me acenou (guiñó)
De cima do seu altar
Olha o maroto do santo
Tambem quere namorar».

Las niñas tienen en él al confidente de sus cuitas y esperanzas amorosas; alguna vez protestan de su pereza o de la fugaz predilección por viudas y maduras.

«Santo Antonio de Lisboa
Casamenteiro das velhas
Porqué nao casas as novas
¿Que mal te fizeram elas?»

De las fiestas, las vísperas; afirma el saber popular.

En los suburbios, que son los que mantienen la tradición de los festejos populares, éstos comienzan varios días antes del señalado. Lisboa es una ciudad «bairrista», muy preocupada de conservar sus encantos antiguos. En Alfama, Morería, Madragoa, Bemfica y Campo de Ourique se cierran y adornan las ruas, travessas, becos y praças con infinidad de farolillos, guirnaldas y palios de verdura; al centro una plataforma para la orquesta y, en los extremos, hogueras nocturnas sin cesar renovadas. Carteles con versos alusivos al santo de la semana piden compostura y buenas costumbres.

Cada barrio aporta características propias a la celebración de la fiesta. En Alfama hay «déspiques» y «cantos a desgarrada» por payadores y repentistas ocasionales. En las escalinatas de la Bica Grande que comunica el plan con el cerro se ven las parejas que suben y bajan las escalinatas bailando grada por grada.

La fiesta más típica y auténtica es la de Madragoa, barrio de «peixeiras» o «varinas»: son las mujeres del pescado, las más bellas y airoosas de Lisboa. El trabajo que supone llevar sobre la cabeza enormes cestas de pescado las hace fuertes y desenvueltas. Proceden en su mayoría de la ciudad de Ovar (Ovarinas-varinas) y conservan un tipo fenicio casi puro.

Bailan a pie desnudo y sus cantos y saltos sobre la hoguera no admiten rivalidad. Son las reinas del «vira»,

baile en el que las parejas, tomadas de las caderas, giran vertiginosamente.

«O vira da Mandragoa
Viradinho ao pé descalzo
E de quem nunca Lisboa
Pode fazer ouro falso».

Quando (a varina) pasa a pregoar
Sardinha viva da costa
Toda a gente quer comprar
Quem é que dela nao gosta».

A las primeras horas de la madrugada el pueblo afluye al Mercado Central, en la Praça de Figueiras; allí, entre frutas y pescado, se improvisan pistas de baile y cuatro o cinco orquestas no conceden un minuto de descanso. La tradición exige comer sardinas asadas con pimientos y comprar el «mangerico» (maceta de yerbabuena que lleva un clavel artificial con cuartetas de amor).

«Era una noite de luar
Era una noite de verao
Quería ofrecerte un cravo
Tu me disseste que nao».

Las raparigas solteras queman alcachofas que si florecen al día siguiente auguran suerte de amor. Nadie

deja de comer un plato de «arroz doce» (arroz con leche) que es también un postre casamentero:

«Arroz con leche
me quiero casar . . . »

Desde el Rossío, la plaza monumental de Lisboa, la ciudad ofrece un espectáculo fantástico. Al resplandor de las hogueras que incendian las siete colinas se suman los fuegos artificiales y baloes (globos) encendidos, que van de cerro en cerro, como aéreas misivas de alegría unánime.

«Santo Antonio, Sao Joao
E Sao Pedro, nao ha mais
P'ara que cantem raparigas
Na noite dos arraiais».